

SED



POESIA - FILOSOFIA - ARTE

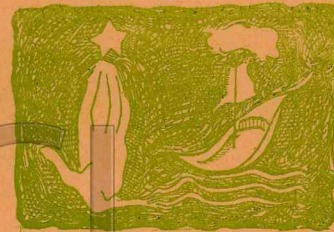
§

1

Novembre - Dicembre

1944

SED de Presencia y Mensaje
SED Unidad en lo Absoluto



SED

POESIA ☆ FILOSOFIA ☆ ARTE

I

Noviembre * Diciembre

dirige

OSVALDO SVANASCINI

En la palabra

HORACIO JORGE BECCO

HERIBERTO L. CHARLES

SERGIO FIGUEROA

LUIS GARCIA NUÑEZ

MANE BERNARDO

MARCELINO R. SUSSINI

☆☆☆

Detrás de esa soledad infinita que se manifiesta en las almas de la casi totalidad de los intuitivos, está involucrado el deseo enorme e incontrolable del mensaje. El concepto establecido por una ráfaga inspiradora percibida a través de una existencia, posee la permanencia de lo eterno, y adquiere compacta unidad con el lector en el que se presuponga una afinidad enraizada a lo largo de una serie de experiencias alrededor de lo perdurable.

"SED" aspira a bucear la superficie anegada de almas envueltas en su personalidad, para encontrar un desahogo, una vía de salida de esta terrible vorágine material que azota a los pasajeros del mundo.

La forma de expresión será arbitraria.

Puede manifestarse a través de la estrella o el pigmento, de la cuerda o el papiro.

Tenemos un anhelo honesto, fruto de una sinceridad que desea traducirse en perfecta armonía, buscando evitar toda bifurcación basada en prejuicios o lastres mentales.

Amamos el universalismo artístico, aquel por el que todos los poetas han sufrido conscientemente y trataremos de llevar ese significado entre la maleza y el rocío, a la manera de los salmos que se derraman indiferentemente sobre el cerebro y la piedra.

Estas poesías y estas lucubraciones no alientan una escuela determinada ni buscan una forma personal. Más bien ansían por medio de su expresión, descubrir un pensamiento para lograr una finalidad espiritual que lleve implícita el sentimiento interior surgiendo como contraste definitivo de las aspiraciones irreverentes de esta hora.

El fruto del cerebro y la inspiración que acosa constantemente a los artistas y pensadores se condensa en obras cuajadas de intenso sufrimiento en la mayoría de las veces y en otras se manifiesta en poemas envueltos de sugerencias ajenas a nuestro superficialismo. Finalmente, cuando la obra lleva adherida la presencia de la verdad, el valor de la exposición es auténtico. Y es hacia esa presencia adonde apuntan estas páginas que buscan una amistad desprovista de cualquier especulación y aspiran a una unión inmaterial y perdurable.

En este "espacio-tiempo-causación" que resume a la mente, trataremos de hallar el símbolo.

El símbolo personificando al mensaje se expandirá lentamente hasta encontrar el cauce y el eco.



SED

EXTRAVIADO

A la hora en que derrumban tus más altos instantes
—alas rotas del alba, puertos crucificados—
abres, joven, tus ojos de buey que ven cruzar
zepelines de zinc el cielo abandonado.

Restos de aurora pintan las torres del recuerdo.
La mar al pie retorna su presencia llorosa.
Como ella estás, amor, muriendo en cada ola
Que pone al corazón riberas jubilosas.

Por las calles vacías flota un manto de niebla
Que te cubre la estampa de rey extraviado.
El sueño te despierta en regiones de olvido.
¿Qué buscan tus inmensas pupilas de luz boba?

Sonámbulo . . . Las nubes te llevan como un títere.
No ves que las ventanas cerradas se humanizan,
que en las alcobas gimen los cristos apagados . . .
y un uniforme azul vigila en cada esquina.

LUIS GARCIA NUÑEZ



IDENTIDAD DE LA UNIDAD Y LA MULTIPLICIDAD

La Multiplicidad como conjunto es real, pero no como la suma de sus partes. La Multiplicidad es la Totalidad de Lo Relativo, considerando Lo Relativo como la presuposición de las Partes.

La Totalidad de Lo Relativo presupone la Totalidad de la Extensión Temporal. Como la Extensión Temporal es Eterna, jamás puede un ser conocer conscientemente la Totalidad de Lo Relativo, pues el conocer consciente se efectúa en el Presente, y el Presente es sólo un punto movedizo en el Tiempo, dividiéndolo arbitraria e irrealmente en Pasado y Futuro.

La Multiplicidad como conjunto es real y eterna, pero no así la totalización de las partes de ella, que aparecen ante la Consciencia por embrujo de la Sucesión del Presente. La suma de las Partes no constituye el Todo, porque las partes, siendo un producto arbitrario e irreal, su totalización necesariamente será también arbitraria e irreal.

La Multiplicidad involucra necesariamente el Pasado, el Presente y el Futuro, en cualquier instante dado. Pero como ante nuestra Consciencia sólo puede aparecer lo Presente en el instante dado, queda excluida de la Consciencia el Pasado y el Futuro. De ahí que Lo Relativo que aparece ante nuestra Consciencia es ilusorio. Asimismo, es ilusoria la totalización conceptual de las abstracciones de la Consciencia.

El Universo, que nosotros apreciamos conscientemente es ilusorio porque aparece en sucesión presente, siendo en consecuencia el resultado de una abstracción del Tiempo. Es un aspecto parcial de la Multiplicidad. Su cariz de aspecto total es ficticio.

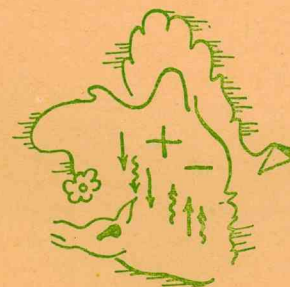
La Multiplicidad puede conocerse en la Supraconsciencia, porque en ese estado no se está dentro de la Sucesión Temporal. Pero fuera del Tiempo no hay movimiento. En consecuencia, no hay interacción, y no habiendo interacción no hay Pares de Opuestos, y no habiendo

Pares de Opuestos, no puede existir Lo Relativo. No existiendo Lo Relativo, impera Lo Absoluto, o la Unidad. Así, la Multiplicidad y la Unidad son lo mismo.

Se dice que el Monismo permite conocer la Unidad o la Multiplicidad, pero no ambas *a la vez*. ¿Si son lo mismo, porqué se las diferencia así? La frase "*a la vez*" significa "contemporaneidad", y esto involucra Lo Presente. En Lo Presente *no se puede conocer* la Multiplicidad, y en Lo Presente *no hay* Unidad. Por los dos conceptos negativos implícitos en aquella frase quedan unificados la Multiplicidad y la Unidad, aunque divididos por sus conceptos explícitos.

Esa aparente contradicción entre los contenidos de la frase es otra ilustración de la sutileza que se requiere para abordar el enigma ultrímico.

Heriberto Lionel Charles



ESTE OTOÑO

Tan casual en este rincón olvidado,
escarabajo de oro pequeño
en una tibia senda.

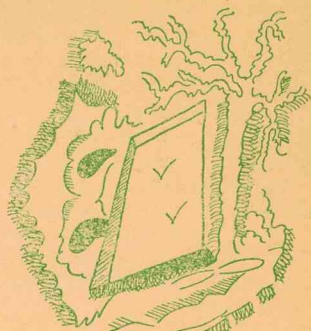
Con tus aguas quietas, escondidas,
con tus rojas banderas en la tarde,
queriendo durar, como una llama.

Resplandeces quedamente
en algunos ojos más profundos,
en los cuartos inmóviles de los enfermos
y en las manos de los que se despiden.

(Ayer, ayer
es tu otro nombre
desesperado y secreto).

Radiante sonrisa
de la quietud, espera
de la lejanía que traerá
desnuda, clara y radiante
la estación que ya se calza tus huellas
en los senderos que se eternizan
para olvidar tus hojas
y otras lluvias y otras sombras
de hojas y de niños y de hombres
extinguidos, extinguidos.

(Ayer es tu otro nombre,
ayer, tu delicado, tu triste
nombre).



En cada parque las blancas
estatuas que el verano escondía;
en cada encrucijada
la ausencia con sus ojos de estatua.
Vibrando en el aire marchito
a tu paso
las orlas que dejaron
en perfumes temblorosos
en colores desaparecidos, espectrales
las ardientes flores muertas.
Y las ventanas, las ternas ventanas
con sus párpados visibles y caídos.

(Ayer es el nombre
que te dan las hojas, hundiéndose
en tus aguas, donde la soledad
refleja su rostro magnífico, blanquísimo,
oscuro, sapiente, terrible, detenido).

Ven y habitame o deja que te siga,
que avance, desconocido
desvaneciendo colores y perfumes
y tardes y parques y banderas
y doradas trenzas de muchachas,
déjame a tu lado, otoño.

Que no me miren las ventanas
de la primavera
filtrando músicas y rostros y penumbras delirantes.
Que no me hablen los árboles sonoros
del verano, ni el perfecto horizonte, la perfecta
lejanía del invierno.
Quiero seguirte lentamente
casual escarabajo de oro, por esta senda
todavía tibia, sobre la que caen,
con antigua dulzura,
las hojas, las sombras y los días sin eco
que repiten tu secreto nombre: ayer,
tu nombre que se extingue, que se extingue.

UNA EGLOGA Y TRES PAISAJES

Tres lugares distintos, tres paisajes diferentes se me presentan cada vez que releo la Égloga Tercera de Garcilaso de la Vega, la de más eterno verdor humedecido. Tres lugares susurrantes de agua, ondeados de arboledas y "manso viento".

I. — Casi una celda, alegre, clara. Cuatro paredes blancas, desprovistas. A lo más, un dibujo a línea de Dalí, recién fijado sobre la cama del residente de aquel cuarto. Porque estamos en la Residencia de Estudiantes, sobre los Altos del Hipódromo madrileño. ¿Una celda? Quizás más bien, una pequeña jaula suspensa de dos adelfos rosados, abrasada de mayreselvas piadosas, vigiladas por largos chopos tembladores, hundido el ancho pie en el Canafillo del Lozoya. Y todo, al alcance de la mano: flor, árbol, cielo, agua, la serranía sola, azul, el Guadarrama ya sin nieve.

*Todas con el cabello desparcido
lloraban una ninfa delicada...*

Pausa. Dislocadora interrupción admirativa, la mil y una del que lee en voz alta las octavas reales del poema. (Y mientras, desde la ventana: dos gorriones estridentes, ataeándose, ocultos, sacudiendo el olor a enredadera que gatea por el muro; el jardinero espolvoreando de plata, hasta doblarlos, los rosales; y el "manso viento" siempre...).

*...cuya vida mostraba que había sido
antes de tiempo y en flor cortada.*

Silencio. Nuevo silencio apasionado, casi ahogada la voz de quien recita ahora, fuera los ojos de la página, más verde aún su baja morenez contra el blanco extendido de las almohadas.

Muy pocos años tendría entonces Federico García Lorca. Apenas 25. Y desde aquella tarde, la Égloga del poeta de Toledo, oída al de Granada, se me fija por vez primera, estampada sobre aquel paisaje de Madrid, ya para toda la vida.

II. — Una sala cuadrada. Un fuerte olor a barniz, a trementina, a troncos recién cortados. ¿Estamos en un bosque de árboles heridos? ¿Tal vez en una fresca tumbria resinera? Pero resuena un río, se oye lejos el habla de un río, un eco de hondonada mezclado de hondos ayes y claros llores, más agudos, más finos, según aventuramos el paso por la espesura. De pronto: ¡Ah! ¿Qué es esto? Una mano se nos estría de rojo. Salientes, sobre la maleza, flores blancas salpicadas de sangre. Sangre todavía caliente, en reguero hacia ese habla oculta, ya que las yerbas espejean cada vez más humedecidas, más mojadas, hasta sonarles el agua bajo las raíces. Y el visitante, sorprendido, adelgazado tras los troncos, ve ninfas. Albas ninfas desnudas, desmelenadas, en duelo.

*Cerca del agua, en el lugar florido,
estaba entre las yerbas degollada...*

Y la Égloga de Garcilaso, entre el olor a entarimado lustroso, recién limpio, se me fija por segunda vez, unida ya para toda la vida a los Ticianos y los Tintoretos del Museo del Prado.

III. — Un castillo, durante la guerra. Los fosos de un castillo, inundados de lirios gualdas y violetas entre oscuros cipreses juveniles. Y cisnes blancos por el jardín, buscando la ribera de los álamos plateados. ¿Sabría su viejo dueño quiénes moraban las salas sumergidas del río que lame el muro de la fortaleza? ¿Habría sido él el cazador? Porque pasar desde una torre, con un dardo, el pecho rosado de una ninfa, ¿no era acaso una hazaña digna de ser guardada en las memorias cinegéticas de los señores de aquel feudo?

*...cual queda el blanco cisne cuando pierde
la dulce vida entre la yerba verde.*

Y por tercera vez se me fija la Égloga de Garcilaso, ya urdida para siempre a aquel castillo de la orilla del Tajo, conquista de los campesinos toledanos de Malpica al duque de Arión.

RAFAEL ALBERTI



ALEJADO

1

Qué dirán los pétalos
de mis labios el día
que encuentre la sombra
de una rosa, donde la eterna luz
se duerma, para siempre.

2

Nadie pensará que no contengo el suspiro,
que parten mis ojos por un oscuro,
sin alba,
como arterias con mensajes
de mi cuerpo
al infinito.

3

Hacia adentro por mi paisaje:

una brisa musical,
una paloma indefinida
(flor o estrella - desnudo transparente o
escultura)
y las mariposas
invadiéndolo
con alas de gracia y savia de juventud.

4

Existirán luego en mi crepúsculo, golondrinas
para tu alborada,

o curvas
hechas de arena.
El sol va muriendo,
lo cubre mi espalda, armonía distante del oleaje,
por sobre ángeles que no he besado,
con jazmines para mi talle
transfigurado.

5

Que importa que rueden los astros,
los sonidos, las maderas, los cristales,

permaneceré mudo
cubierto el lenguaje
entre tu poema y el amor ardiente.
Alejado.

Sólo yo.
En verso nuevo, en cabellera de algas...

HORACIO JORGE BECCO

Fragmento del libro "ULISES" de James Joyce

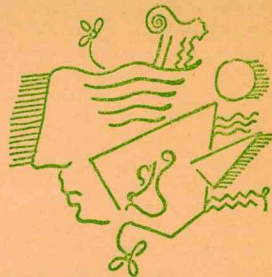
¿Qué admiraba Bloom, aguamante, sacagua, llavagua, retornando a la hornalla, en el agua?

Su universalidad: su igualdad democrática y la constancia de su naturaleza en la búsqueda de su propio nivel: su vastedad en el océano de la proyección de Mercator: su profundidad insondeada en el valle del Sundam en el Pacífico, excediendo 8.000 brazas: el desasosiego de sus ondas y sus partículas superficiales, visitando en turno todos los puntos de su litoral: la independencia de sus unidades: la variabilidad de los estados del mar: su quietud hidrostática durante la calma: su turgencia hidromecánica en marea muerta y marea mayor: su apaciguamiento después de la devastación: su esterilidad en las heladas zonas circumpolares, ártica y antártica: su significado climático y comercial: su preponderancia de 3 a 1 sobre la superficie terraquea del globo: su indiscutible hegemonía extendiéndose en leguas cuadradas sobre toda la región inferior al trópico subecuatorial de Capricornio: la estabilidad multiseccular de su cuenca primordial: su lecho enlodado amarillo rojizo: su capacidad para disolver y mantener en solución todas las substancias solubles incluso millones de toneladas de los más preciosos metales: sus lentas erosiones de penínsulas y promontorios descensotendientes: sus depósitos aluviales: su peso y volumen y densidad: su imperturbabilidad en lagunas y en lagos citos en altas cumbres: su graduación de colores en las zonas tórridas, templadas y frías: sus ramificaciones vehiculares en corrientes continentales hacia los lagos y en ríos confluentes hacia el océano, con sus tributarios y torrentes transocéanicos: las rutas norte y sur ecuatoriales de la Corriente del Golfo de México: su violencia en marremotos, en bombas marinas, en pozos artesianos, en erupciones, en torrentes, en remansos, en crecidas, en riadas, en embravecimientos del mar, en cascadas, en bifurcaciones, en ojos de agua, en cataratas, en remolinos, en vorágines, en inundaciones, en diluvios, en turbiones: su vasta curva no horizontal circunferente: su sigilo en vertientes, y humedad latente, revelado por instrumentos rítmicos e higrométricos y ejemplificado por el orificio del muro en la portada de Ashtown, saturación del aire, destilación del rocío: la simplicidad de su composición, dos partes constituyentes de hidrógeno con una parte constituyente de oxígeno: sus virtudes curativas: su poder boyante en las aguas del Mar Muerto:

su atributo de perseverante penetración en arroyuelos, en hondonadas, en represas inadecuadas, en vías de agua en los buques: sus propiedades higienizadoras, apagadoras de sed y fuego, nutridoras de vegetación: su infalibilidad como paradigma y como dechado: sus metamorfosis en vapor, en niebla, en nube, en lluvia, en garúa, en nieve, en granizo: su fuerza en bocas de riego rígidas: su variedad de formas en lagunas y bahías y golfos y caletas y estrechos y lagos e islas madreporicas y archipiélagos y estuarios y esteros marearios y brazos de mar: su solidez en vestigueros y en témpanos: su docilidad para operar molinos hidráulicos, turbinas, dínamos, generadores de electricidad, talleres de blanqueado, cortiembres, agramaderas: su utilidad en canales, en ríos, si son navegables, en diques flotantes y de carena: su potencialidad derivable de la utilización de las mareas y vaguadas que descienden de nivel a nivel: su fauna y su flora submarina (inacústica, fotofóbica) numérica, sino literalmente, los habitantes del globo: su ubicuidad al constituir el 90 % del cuerpo humano: el carácter mefítico de sus efluvios en ciénagas lacustres, en aguazales pestilentes, en agua de flores marchitadas, en charcos estancados en el manguante de la luna.

Traducción de H. L. Ch.





PLASTICAS

MARIETTE LYDIS

Toda esa dulzura que presentimos imaginativamente en presencia del dolor y del tormento, todo ese mundo invisible que se aferra a una soledad interior, amante de la niña y de la luz, de la virgen y el mendigo, ha quedado allí, sobre esa ilustración objetiva de una verdad artística.

Sus manos y sus ojos, se pierden entre los misteriosos estados de sublimación eterea, contenidos dentro de un símbolo o una alegoría. Allí mismo, en esos páramos insondables, se intuye a la llama y el silencio, al pensamiento y la bruma. En donde termina la alegoría, comienza la vislumbraación. Y cuando el sentido comienza a desmenuzarse detenidamente, aparecen lentamente como surgiendo de las nubes, unos matices extraños, unos grises deliciosamente contemplativos, de una gama totalmente espiritual y segura. El encuentro de la chispa con la llama.

Una frase de Eduardo Mallea la define:

"El otro sentido, que personalmente reduzco en la admirable obra de la madurez de esta artista, es el sentido de los objetos inencontrados, de todo aquello que las almas traen perdido antes de nacer, o que no hallarán jamás".

Existe un estupor pasivo, que se engarza definitivamente en el alma del espectador silente que penetra en su obra. Es un estupor definitivo ante una experiencia, que jamás se pudo colocar en palabras o en sonidos, pero que se ha reconocido inmediatamente, con la misma facilidad con que reconocemos un reflejo particular cuando lo hemos abondado de antemano.

La serena belleza de sus rostros y el grave soliloquio de sus figuras, evocan un presentimiento alargado, próximo a penetrar sobre la sombra de una espera para desatarse en silencios y miradas, que irán desarrollándose sobre una esperanza.

O. S.

★ ★ ★

Cuando concurrimos al Salón Nacional lo hacemos cargados del más franco optimismo y de la más grande de las esperanzas. Pero la sala, llena de telas inmensamente vacías, nos despierta de una ilusión forjada a priori. Será posible, nos preguntamos, que en una muestra de cerca de 300 obras y sobre una selección de 2.000 trabajos aproximadamente, no se haya podido conseguir una unidad concreta.

Apenas sobresalen algunas esperanzas que pugnan silenciosamente. En otras telas, por desgracia, parece que la noche se hubiera presentado de improvisó.

Algunos problemas de vanguardia, atacados por la vulgaridad y también por una vejez prematura: telas de araña y falta de genio.

Estamos seguros que alrededor nuestro están zumbando esas obras que esperamos. Pero la espera se hace larga. Algunas telas, evidentemente, están llenas de sugerencias y auténtico mensaje, pero tomada la exposición como conjunto, es desoladoramente mediocre. Y lo que se busca siempre, es un salón que resuma un soplo auténticamente uniforme, o por lo menos, una aspiración sincera.

Y en esta no se ha logrado.

EL AMOR Y LA URRACA

CUENTO

Ursula, la urraca, acababa de cumplir una feliz etapa de su vida: el último polluelo de la última tanda había aprobado su *brevet* y ya no tenía preocupaciones maternas hasta nueva orden.

Ursula se sentía de golpe rejuvenecida.

Oh, no era lo que se dice una urraca vieja. Al contrario; su marido, el más brillante cazador de la zona, la contemplaba todavía con legítimo orgullo, mientras ella se alisaba las plumas doradas y pardas.

Si, ya sé que entre los hombres una urraca no es un pájaro codiciable. Lo admito. Pero también me parece aceptable que se les permita a las urracas calificarse entre sí, de acuerdo a sus propios gustos de urraca. Después de todo, es posible que alguna belleza femenina típicamente enloquecedora para los hombres no provoque ningún entusiasmo en un representante urraca.

Ursula se esponjó, como una mujer, que se pone rouge. ¡Qué suerte! Ahora podría dedicarse al amor de su compañero que tanto había debido descuidar durante la educación de la última serie de hijos.

Los hijos, los hijos... Eso está muy bien. Conocemos los trataditos y los lugares comunes acerca del instinto maternal de las aves. Pero no se puede negar que los hijos de los pájaros se educan por series, como los modelos *Ford* y cumplida su etapa de adiestramiento, pasan a confundirse con la población de pájaros del mundo sin ningún recuerdo hacia los padres.

En cambio, el compañero... ¡Ah, es otra cosa, decididamente!... Ninguna urraca podía jactarse de tener un marido semejante.

Tierno, luchador, infatigable y tan atento como el primer día a los menores deseos de su mujer. Ahora mismo estaba en el camino, ese camino de cemento que enneguecía, partido por una raya negra de alquitrán como por un tajo.

Ursula lo miraba enternecida: el compañero estaba trabajando afanosamente en algo que ella no alcanzaba a distinguir, pero que se traduciría dentro de un rato en un bocado exquisito, en alguna chuchería, en el equivalente de lo que son las flores, esos vegetales tan codiciados y agradecidos por las esposas de los hombres.

Ursula miró a su compañero, en el preciso momento en que la iglesia cercana daba las diez de la mañana.

Ursula no estaba muy al corriente de las costumbres religiosas de los hombres, pero le agradaba mucho el movimiento circular y temblón, como de gelatina, de dos figuras de bronce que en colaboración alternada daban la hora golpeando sobre la campana: uno con la hoz, otro con una suerte de martillo, sin que en esa combinación de herramientas pudiera suponerse al artista religioso alguna remota intención política.

Las diez de la mañana de un hermoso día.

Por la carretera pasaban esa mañana muy pocos coches.

Y el marido de Ursula trabajaba en su misteriosa ocupación, con ahínco y sin importarse el tránsito de los automóviles.

Las diez campanadas no alcanzaron a distraerlo de su trabajo.

Exactamente lo mismo que le pasaba en su escritorio al marido de la deliciosa señora que también se llamaba Ursula. ¡Vean ustedes qué casualidad!

La señora Ursula —es necesario que los lectores pongan un poco de seriedad en el asunto y no me obliguen a aclarar en cada caso cuando me refiero a la urraca y cuando a la propia mente dicha— estaba enfurecida.

Y no era para menos.

Su marido era uno de esos deplorables compañeros que sólo demuestran la intensidad de sus sentimientos hacia la esposa engrosando paulatinamente su cuenta bancaria. Naturalmente, tal actitud, si bien redundaba en un aumento de las comodidades, no es apreciada como es debido y con un criterio técnico más que por los contadores, tenedores de libros y funcionarios del Impuesto a los Réditos. Casi nunca por la esposa, que se suele quejar en cambio del aburrimiento que provoca vivir al lado de una máquina de calcular que llega cansada, sin energías, sin ganas de salir y a la que además ni siquiera se le puede tocar el teclado porque ya se sabe que va a dar una operación exacta.

Ursula, la señora, había resuelto mucho tiempo atrás esa irritante situación con la compañía total y decidida de un joven buen mozo que resultaba mucho más divertido y más agradable que el esposo originario.

Pero ella era lo que se dice una mujer decente. Y habitualmente tranquilizaba sus escrúpulos dando a sus escapadas un carácter punitivo.

Este método, tan sencillo y elemental es sin embargo fuertemente tranquilizador desde el punto de vista de una conciencia normal.

Es muy distinto engañar al pobre marido sin motivo, que encontrar de medida la causa que arroje a una desdichada mujer en brazos de la felicidad que se adquiere como se puede.

De esa manera simple, Ursula la señora, realizaba con el marido suplente todas esas deliciosas escapadas que constituyen por lo común la vida corriente de un matrimonio que se lleva bien.

Por ejemplo: esa mañana, Ursula, la señora, había decidido un corto viaje en automóvil, con su suplente. Pero ¿se lanzaría así como así a la aventura codiciada, como una mujer sin sentido de la responsabilidad? No, por favor. Ursula era una persona correcta.

A las diez en punto de la mañana —casualmente en el mismo instante que Ursula la urraca miraba con amor a su compañero que seguía trabajando en la carretera— Ursula la señora entraba como un torbellino en la oficina del marido.

Este, que cotejaba la lista de vencimientos con los saldos de cuentas corrientes y encontraba también en este mismo instante que necesitaba treinta y cinco mil pesos antes de las doce del día siguiente si no quería perder de golpe su fama de negociante honesto, casi ni levantó la cabeza.

Estaba pensando si le convenía o no hacer determinado movimiento con los títulos de las Termas, o si era mejor buscar un descuento que compensara la salida, pero tenía los descuentos un poco abarrotados y vacilaba. De manera que cuando la señora le propuso justo en este momento acompañarlo en un viaje de placer lanzó un gruñido.

Como para viajesitos estaba él.

—No hija, no...

La señora Ursula ya tenía el pretexto para una sanción ejemplar. No dijo nada. Frunció su linda boca y dió media vuelta.

—Muy bien...

El marido hizo un alto en medio de los cálculos angustiosos:

—Andá vos sola si te parece...

La señora Ursula tomó la expresión de quién ya veía venir esa invitación, entre resignada, divertida y semicínica.

—Naturalmente. Iré sola... Como siempre...

El contador esperaba impaciente que terminase este episodio conyugal.

El marido sintió la mirada miope y ligeramente reprobadora de su empleado sobre la nuca, y activó el trámite:

—¿Necesitas algo?

La señora Ursula no iba a mezclar su sanción punitiva con el dinero que es la cosa más apolítica del mundo:

—Bueno, dame quinientos pesos...

Marido y contador dieron un suspiro de alivio.

La señora se metió en el coche y enfiló hacia la carretera, no sin antes cargar cincuenta litros de nafta y recoger a su compañero.

Cuando llegó al camino propiamente dicho la tragedia estaba próxima.

Ursula, la urraca, acababa de ver con horror que su compañero, su querido compañero, distraído por el trabajo no veía avanzar un camión traicionero que venía runruneando como un gato gigantesco y arrastraba dos acoplados.

Ursula quiso gritar para avisarle pero no hubo tiempo y además los pájaros no gritan. El neumático delantero aplastó al pobre pájaro contra el piso, destrozando de un solo golpe la felicidad de Ursula.

Luego, con la sencillez de los grandes hechos históricos, el camión siguió su marcha conducido por un hombre pequeñito y moreno que conversaba distraídamente con su acompañante:

—Y en el fondo, un parral ¿sabes? Lo más fresquito en verano, para tomar un mate con la vieja...

(A menudo ignoramos cuánto mal hemos hecho a otros sin haberlo querido).

Ursula corrió desespada con los tranquilos jadeantes de los pájaros.

Ursula se acercó al compañero que era ahora una papilla sanguinolenta mezclada con algunas plumas color oro y si los pájaros lloran podemos estar seguros que se puso a llorar. Algunos otros pasaban velozmente y ella ni siquiera se daba cuenta.

Su dolor era grande como el horizonte. Ya no había espacio para otra cosa que para la desesperación en los 90 % de su idea fija.

Ursula quedó montando una macabra guardia al lado de su compañero mientras a lo lejos avanzaba velozmente el lustroso auto que manejaba la otra Ursula, la señora que había dejado a su marido en Buenos Aires, para castigarlo por su trabajo empedernido.

A unos cien metros del grupo de pájaros, la señora que iba conversando animadamente, vió a la urraca.

—¡Cuidado! —le dijo el hombre—, no mates a ese pobre animal...

El auto iba a más de ciento diez y hubiera sido una imprudencia frenar de golpe sin ser buen conductor. Además lo más probable era que el pájaro se espantara solo.

Todo esto muy rápido, en un ritmo crecientemente acelerado, como de pensamiento.

La urraca volvió sobre sí lo que los escritores de antes hubieran calificado como el veloz monstruo de acero.

Sintió un miedo horrible. Pero no se apartó: total, para ella todo estaba ya perdido. Tanto daba.

Su deber le señalaba el único lugar donde podía permanecer decentemente, sin moverse, pese a todos los peligros.

El auto estaba ya a unos centímetros.

El acompañante dijo todavía:

—¿Vos crees?

Y el auto enfiló directamente sobre los pájaros.

La urraca vió que todo oscurecía. A último momento su valor la abandonó parcialmente y tuvo un último sobresalto, una instintiva y desesperada tentativa por huir de su deber. Pero vió su compañero muerto y se quedó. Simplemente. En el salto se oyó un golpe amortiguado. Como si hubiera tirado un trapo mojado contra un vidrio.

La mujer que manejaba el auto sintió que había matado a la pobre urraca viuda. Y frenó lentamente un poco más lejos.

El hombre, que era muy sensible se lo había insinuado.

El auto dió marcha atrás y se bajaron para ver a los dos pájaros confundidos en una póstuma papilla de fidelidad y amor.

El muchacho dijo:

—Pobrecito...

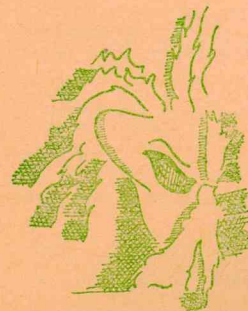
La mujer enjugó una pequeña lágrima, con la punta de un pañuelito coqueto, para que no se le corriera el rimmel.

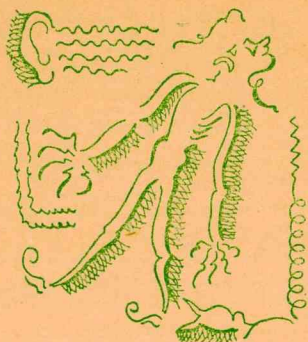
—¿Pájaro? Es una hembrita, seguramente...

Y luego, arrancando a caminar hacia el coche, dijo con mucha desenvoltura:

—Sólo nuestro sexo es capaz de tanta fidelidad...

MARCELO MENASCHE





ABSTRACCION Y GRITO

*Esta polea infernal
tridente invisible y navegante
mañana veo sumirse entre orbitas y eter
muriendo de las metáforas
Con sabor de risa: Geómetra sobrenatural de aire y luz.*

*Coloquio existencial
metafísica simbolizada en los ojos perseguidos.*

*Roca aprisionada y atravesada
aquí el trueno y la garganta gritando un pasado.*

*Onda bipolar: crisálida omnipotente: ventanal a tu
recuerdo.*

*Flor asimilada que recorre
allí
paraje recóndito de un aviso postrero
infusión matemática y con diagonales enceguecidas
sin embargo.*

*Tranquilo. En este banco de cuatro dimensiones
caída y ruido desgarrado
preso,
quebrada angosta apoyada en la columna vertebral,
apretando pensamientos
lamento y lágrima, peso,
llegada lejana de una prueba fundamental*

caída sobre el futuro, en este lugar de la figura huida.

*Aún aquella mirada me persigue.
El ensayo moral ha desaparecido.
Retorno siniestro de aquella amistad envuelta
sobre la figura contorneada por el destino.*

Canto que continúa.

*La vuelta de la espiral sombría
estacionada quizás y directamente,
adjetivo que sigue despedazando arterias
con ese sonido perdido.
Sin encuentros.*

*Después de una vuelta con quenas sobre los tímpanos
trozo quebradizo de un dolor solidificado.*

*Perfecta curva culminante
esperanza que germina instantáneamente y escondida.*

*Me esperan algunos místicos
sobre la superficie de los mares dispersos
y anhelo todos los suspiros sin relación
constante barca solitaria.*



MUSICA

TRISTAN E ISOLDA

de RICARDO WAGNER

El grito mismo penetra en la fragua fenomenal, con la pasión y el desenfreno de los seres que enlazan sus vidas bajo el dolor inenarrable de un amor enorme. El preludio se agiganta sobre el espacio, invitando a los astros a estrecharse contra el fuego emocional de aquel torbellino infinito que aflora desesperadamente, enegrecido por la mágica influencia.

Cuando la trama se enhebra, la razón se desmorona y lo más violento, que esconde la exaltación humana comienza a surgir denodadamente, barriendo todas las apariencias y recuerdos del pasado. La fuente se desborda sobre el mar ilimitado y es arrasada y absorbida por ese Maelström impresionante, que urge el desenlace trascendiendo los postreros laberintos pasionales.

La noche y el sonido inundan al cerebro.

Miles de gritos se pierden en la inmensidad de esa lucha avasalladora, que se retuerce tumultuosamente bajo el engaño del filtro. El amor se estremece y se infirma el cortejo de la muerte silenciosa, que se va manifestando detrás de la angustia y de la impotencia. El mar ha barrido las costas.

Una sugerencia de calma y armonía, va dejando lentamente el presentimiento de la sentencia establecida por un torrente de imágenes escapadas a borbotones. En la noche inefable el viento se escurre en los corazones y se anuda en dos almas, para llevarse la emoción viva de la tierra hacia el país del amor y del presagio. El ambiente se llena de alegrías y el canto fluye con la libertad de la nube y el cometa, hasta convertirse en esperanza y arrullo.

Pero de improviso, en medio de la efervescencia cromática, que renueva insistentemente la emoción del drama, estalla la tragedia. Entonces, de la llama abrasadora, que se fué alzando en interrogación constante, surge la verdadera respuesta de la dramática realidad y se intuye al mismo cielo, mientras se zambulle en las dos almas hasta conseguir la reacción allende la misma música.

La angustia y el dolor se han filtrado definitivamente.

Más allá del placer físico, en el paroxismo de la unión que concede la muerte, Tristán e Isolda trascienden el umbral de la telúrica embriaguez.

☆☆☆

La temporada que termina no se destaca mayormente de las que la han precedido. El Teatro Colón no tuvo un nivel extraordinario. Apenas un festival Ravel, que estuvo por encima del nivel común. Lo que se constituyó en lo más significativo del primer coliseo, fueron los festivales Beethoven, que hace rato esperaba el público argentino. Fritz Busch mantuvo inalterable el pensamiento del maestro, al frente de una orquesta en la que a veces, se hacen presentes elementos estéticamente dispares. Los cuatro conciertos subsiguientes fueron de la misma categoría artística.

El verdadero acierto del año estuvo a cargo de Juan José Castro. Brindó unos exquisitos recitales, admirables en tres sentidos: porque marcan una ruta que se tendría que tener en cuenta más fundamentalmente entre nosotros; porque estuvieron plagados de estrenos a los que se les brindó la más cálida acogida; y porque tuvieron en Juan José Castro un director sano y sincero, que se esforzó por su cometido con manifiesta honradez.

MORADA

*Cuando el corazón se queda solo,
¡Que dejo de nostálgicas heridas!
¡Que calor de soledad cansada
cuando no nos queda nada más que el cuerpo!*

*El aire y el humo infinito,
se derraman sobre mí, como manto acariciado
que recubra mi humanidad fría.
Yo, siempre esperándote.
Caminos de cepos
y hojas negras.
Madrugada serena de esperanzas mías.
En este atardecer de mi experiencia sola.*

*El ave que pasó
era el llanto del alba;
era el sonido de mi corazón.*

*Los misterios humanos;
y los cariños conscientes de hacer heridas
olvidadas.*

*Parpadeo de ojos blancos
y sonidos apagados,
reposan en mi lecho
de juventud en espera.*

MANE BERNARDO





TEATRO

Cuando la barca zozobraba, cuando los timoneles recurrían a los maderos flotantes, cuando los peces se regordeaban a la espera, un barquito pequeño, levemente escorado a popa, azotado por los vientos de medianoche y por las corrientes atacadas de cardenillo, se perfiló en un punto del océano a la espera de la mañana.

Contuvo hábilmente la marea. Se esquivó con fuerza de la escoria.

Después perfilado con definitiva seguridad cortó la corriente como un rayo. Aquel llamado, esa especie de preámbulo, se dispersó por el mar y comenzaron a surgir aleccionadoramente un sinnúmero de diversos botecitos, barquichuelos y balsas. Se recogió por un costado la noche y empezó a amainar.

La huella ramificada trascendía los mares.

El esfuerzo del timonel ganaba un eco.

No obstante, alguna celosa circunstancia volvió a quebrar el silencio del océano y la borrasca pretendió terminar con la nave.

Ahora marcha con un costado cubierto de sol y otro de granizo. Pero se han olvidado que la nave no está impulsada por viento o motores. La animan regueros de sangre vegetal, vértebras mentales cubiertas de símbolos y esperanzas.

A proa se lee: "Avanzar sin prisa y sin pausa como la estrella".

★ ★ ★

"El Bosque Petrificado" en LA MASCARA

La tensión se intensifica bajo la presencia del drama próximo. En la escena intensamente vivida, los personajes desenvuelven sus distintos estados psicológicos con la certeza del desnudo destino.

El drama de Robert Sherwood se perfila con soltura y llaneza.

Desde el receptor, una melodía americana va penetrando en los personajes, y el tableteo de las ametralladoras, sirve de fondo al romance espontáneo. El clima se alarga entre los relatos internos de los personajes colocados al borde del peligro. Hasta llegar al simple desenlace del hombre que, voluntariamente, al sentirse cerca de la noche eterna, se transforma en el artista que estuvo buscando durante toda su vida.

El hermoso drama, traducido por Max Dickman y Mary Low fué dirigido con habilidad, principalmente en las escenas de conjunto, por Ricardo Passano. Ricardo Trigo animó un pistolero interiormente azotado. Carlos Montalbán actuó con sobriedad. Se destacaron, Pedro Asquini, David Socco, Alejandra Boero y el resto de un disciplinado conjunto. La escenografía rodeó bien al drama a pesar de las dificultades del teatro.

LA CANCION DE LAS ISLAS

Nuestra piragua rosa es apenas un sueño sobre el mar.
Dormitas, y cuando entreabres los ojos
humedeces las nubes celestes,
y el pájaro se perfuma en el aire luminoso.

En ese breve instante, sé que para ti ya no soy;
porque lanzas muy suavemente,
como palomas al horizonte —más allá de tu mirada
—tres gatos en éxtasis.

Mi canción nieva como una flor
inútilmente sobre tu recuerdo.
¡Pobre de mí y de ti que no me entiendes,
blanca Nautilial!

Mi muerte fué
cuando el alba iluminó de rosas
tus pupilas —pájaros llenos de sonrisas
en viaje al infinito.

Eras blanca temblando sobre el cielo,
como un lirio sensual en puntas de pie,
embriagado hasta el delirio por el perfume del mar.

¡Oh blanca Nautilial, ¿por qué no me miras?
¿Por qué humedeces con tus labios el paisaje?

Es inútil que hable, que suplique;
mi palabra ya no es música en el caracol de tus orejas,
y el mar sigue murmurando su verde indiferencia,
bañando mis pies de náufrago,
sin comprender mi horrible eternidad,
fugitiva y dolorosa.

SERGIO FIGUEROA





LIBROS

Introducción al conocimiento de LA FILOSOFÍA EN LA INDIA

Por VICENTE FATONE

Edit. VIAU

Cuando estamos todavía anegados por esa maraña filosófica de Occidente, cualquier libro de la India efectúa el extraordinario milagro de separarnos de ese caos de dogmas y especulaciones, para asentarnos definitivamente dentro de la más pura visión de la verdad que jamás se haya conocido.

Un filósofo occidental, Vicente Fatone, interpreta "verdaderamente" el pensamiento hindú, y su versión excelente por su contenido y su conocimiento puede considerarse de un valor excepcional si se estima la fidedigna exposición que se traza de los pensadores de la India.

Su experiencia queda evidenciada en el ritmo que imparte al libro para que el lector se sienta obligado a razonar por su propia cuenta, adentrándolo pausadamente en el pensamiento de Shankara hasta lograr finalmente una solución más allá de toda refutación.

Deja a Shankara exponer el pensamiento ultrínimo.

"...en el problema de la verdad última no hay más maestro posible que la misma realidad última".

"...Brahman no es inteligente, libre, puro, conocedor, sino inteligencia, libertad, pureza, comodidad, pues en caso de hacerse la primera afirmación y no la segunda, Brahman habría sido, también, para poder establecer en él diferencias, una ilusión sin más realidad que la del mundo o de la serpiente".

"Ese mundo, todo el mundo de los fenómenos, con sus acciones, sus actos y el resultado de las acciones, es inexistente: La única verdadera existencia es la unidad; y la multiplicidad solo puede ser afirmada por la ignorancia".

Así, Fatone va asimilando la filosofía de la India en sí, que cuando se identifica deja de ser filosofía para transformarse en conocimiento propiamente dicho.

Lo más extraordinario de este libro lo constituye, no ya la contemplación de una filosofía desvirtuada por la inmensa mayoría de pensadores y traductores, sino el pensamiento vivo de la India.

Es un libro de una envergadura mental sutilísima, escrito con la honestidad de pensamiento de un filósofo nato.

O. S.

RODEADA ESTA DE SUEÑO

Por Eduardo Mallea

Espasa Calpe Arg. S. A.

Una de las tentativas más insistentes del hombre por sobrevivir intactos sus recuerdos, por salvar del olvido ese su mundo más vivido, es el de encomendarse en circunstancias especiales a las posibilidades ciertas del libro.

Rodeada está de Sueño, que Eduardo Mallea ha lanzado últimamente a la consideración de los públicos, con el subtítulo "Memorias poemáticas de un desconocido", nos impresiona en ese sentido de intento de prolongación afectiva indelible.

Se transparenta en este libro un ansia de hacer vibrar en el espíritu anónimo del lector, siempre propicio a la afinidad con las emociones que siente un poco suyas, los penetrantes ecos de lo transcurrido que el autor evoca utilizando el puente mágico de la palabra. Trátase del alejamiento voluntario de un hombre de toda barandina ciudadana (vacía en su confusión de sentimientos y rutinas) y de una empeñosa fuga hacia la soledad fecunda. Es el retiro en el campo de un espíritu saturado de hábitos y cosas que le circundaban, postergando indefinidamente el contacto con las raíces del propio conocimiento.

Vamos así desfilando en las breves anotaciones que componen el libro, junto a la ligera revisión de acontecidos sucesos que clavan su puerta en la memoria alerta, los aparentemente triviales acontecimientos del nuevo vivir, propicios a la meditación y a la cura. El tono esencialmente poético, que con destreza imprime Mallea a estas páginas autobiográficas de un "desconocido", ayudan a la perfecta asimilación del punto filosófico de las mismas.

"Hacéme, distingúirme. Ahora que estoy como partido, como segregado. Y tan lleno de mundo, que ya no puedo contener más. Que me pesa, me tiene despierto y vigilante, sensible a la menor señal de los hombres y las cosas".

Llega después el recomfortarse con el éxito alcanzado en los primeros tramos del difícil camino, y exclama:

"¡Altas, altas primeras noches; de inquietud, de desesperanza! Altas primeras noches. Insomnio, callado delirio, recuerdos. Altas, interminables primeras noches".

Pero inmediatamente invade la nostalgia al protagonista del elogiado empeño, y lucha por desprenderse de ella, lográndolo a ratos. El trabajo, la lectura, la compañía de dos servidores en su retiro (paradoja inevitable del deseo de soledad en un hombre hecho a las comodidades), hasta el baño de los perros o la contemplación estidiosa de los ríos, sirven transitoriamente, para apagar las voces del recuerdo. Mas cuando ya parece vencido por un tiempo, vuelve este asalladoramente y se impone.

"Sigue el combate por trabajar, por escribir. Lo que más violentamente necesito es construcción. Y no dejar entrar aquí los recuerdos, con su cortejo de siniestras risas, de risas muertas. Y, sin embargo todo uno es recuerdo".

Tal el antiguo drama irremediable del hombre que, intentando refugiarse en la soledad, mantiene aún sin darse cuenta, acaso, una ventana abierta hacia las anclas imantadas del mundo.

Nos abre en esta idea el anuncio que nos hace Mallea de un segundo libro de esta obra, titulado "El Retorno", que aparecerá en un próximo número de la colección Austral.

Bernardo Horrach

Divinici

Se imprimió en los
Talleres Gráficos "ALAMOS"
C. Barros 641, Bs. As.

CeDInC

EDITORIAL

"SED"

Presenta:

VOZ INAUGURADA

(Presencia de un nuevo aién)

por

BERNARDO HERRACH (en prensa)

EL VALLE DE
LA LUNA AZUL

por

HORACIO JORGE BECCO

PERDURABLE AUSENCIA

por

OSVALDO SVANASCINI

§

"SED" ha sido engendrada por
el ansia de transmutar el Dolor.

El único instrumento para reali-
zar ese fin es el Diamante de la
VERDAD.

"SED" evocará esa joya en todas
sus facetas, para traer la Paz a
cada uno por el camino de su predi-
lección, presentándola en la Poesía,
la Ciencia, la Filosofía y el Arte.

"SED"

SECRETARIA:

BARCENA 1864

U. T. 51 - 7053

Año I No. I

CANJE
INTERCAMBIO
CRITICA
LIBROS
PUBLICACIONES

SUSCRIPCIONES:

1 AÑO (6 NÚMEROS) \$ 2.-

EL EJEMPLAR \$ 0,40

EN EL PROXIMO NÚMERO:

ESCRITURAS
TAOISTICAS

LA MÚSICA
DE DIOS

de CHUANG-TZE

